

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.
EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 33.—12 Agosto 1860.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Basilica de San Pedro del Vaticano en Roma, por don E. Moreno Cebada.—Boceto (poesía), por don L. del Barco.—Ultimos cantos: poesías de don Juan Güell y Renté, por don Juan Miguel de Losada (art. 4.º y último).—La golondrina (poesía), por don Antonio Corzo y Barrera.—Historia de un puñal Corso, por don E. Comas y Soler (conclusion).—El magnetismo y la luz, por L. N.—Medicacion del tiempo.—Dolora (poesía), por don J. Garcia de la Foz.—Panorama descriptivo, á vista de pájaro, de las cosas y de los naturales del Celeste Imperio, por don P. de Prado y Torres (conclusion).—En el album de la señorita doña Julia Bonnat (poesía), por don Fernando José Gargollo.—Las hadas y sus hechizos: cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento tercero).—Falacia (poesía), por don Castor Aguilera.—Orden de la Jarretiera, por don V. Joaquín Bastús.—Varias antigüedades, por don Luis M. Ramirez y de las Casas-Deza.
LÁMINAS. Cascada al otro lado del Blaave-Berg.—Influencia de la luz sobre la aguja imantada.—Medicacion del tiempo.—Antigüedades de la provincia de Córdoba.—Plaza de Oriente en Madrid.

ESTUDIOS DE VIAJES.

BASILICA DE SAN PEDRO DEL VATICANO EN ROMA.

Muy pobre tiene necesariamente que ser la descripción que de este magnífico templo, una de las maravillas del universo, vamos á ofrecer á los lectores de EL MUNDO PINTORESCO. No puede ser de otro modo, sino hemos de traspasar los estrechos límites de un artículo.

En la ciudad de las siete colinas, célebre mas que ninguna otra del mundo, cuya colosal figura se destaca magistralmente entre todas las naciones, llamando la atencion del estudioso viajero, que tan pronto contempla sus derruidos acueductos y las ruinas de sus antiguos templos dedicados á las divinidades del paganismo, como se estasia ante los magistruosos monumentos erigidos por la piedad cristiana: en la ciudad, que habiendo sido un día córte de los emperadores y señora del mundo, aunque esclava de todos los vicios, es hoy capital del Catolicismo y residencia de su supremo Gefe, déjase admirar el mayor y mas suntuoso templo del universo, dedicado al príncipe de los Apóstoles San Pedro. Antes de penetrar en aquel sagrado recinto, gloria de la Religion cristiana, joya preciosa de las artes y demostracion tangible de lo que puede el hombre ayudado de la fé, detiénese el viajero á alguna distancia, y su atencion es arrebatada por diversos objetos.

La magnífica plaza, abrazada, digámoslo así, por una hermosa galería de columnas, que parte de ambos lados del templo, es lo primero en que se fija.

En el centro se eleva un obelisco de un mérito extraordinario: fué traído á Roma desde Egipto durante el reinado de Calígula, quien lo dedicó á Augusto y á Tiberio, despues de haberlo hecho levantar en el circo Vaticano: su altura es de ciento trece palmas, sin el pedestal, y todo él es de una sola pieza. Luego que la Religion del Crucificado hubo salido de las catacumbas, varios Pontífices fijaron su atencion sobre tan hermoso obelisco, formando proyectos de traslacion, que fracasaron ante obstáculos al parecer insuperables. La realizacion de esta obra, que no pudieron llevar á cabo Nicolás V, Paulo III, ni Gregorio XIII, estaba reservada para aquel gran pontífice Sixto V, á quien Roma es deudora de la mayor parte de sus bellezas, y á quien Dios concedió un alma grande y un carácter, que le hacia no retroceder ante ningun obstáculo, cuando se trataba



Cascada al otro lado del Blaave-Berg.

de realizar empresas que creia necesarias. En efecto, éste Pontífice abrió un concurso, y entre los diversos planos que en él se presentaron para la traslacion del obelisco, eligió el de Domingo Fontana. El peso de aquella vasta mole se calcula en setecientos mil kilogramos, y esta era la causa de que generalmente se creyese en la imposibilidad de arrastrarlo para conducirlo á una distancia de ochocientos treinta y tres pies y medio que distaba del lugar adonde hoy se halla colocado, asustándose los genios mas agigantados al pensar en cómo se habia de levantar despues para colocarle sobre el nuevo pedestal. Nadie, sin embargo, se hubiese atrevido á presentar objeciones á Sixto V, conociendo la firmeza de su carácter.

El 7 de abril de 1586 fué arrancado el obelisco de su antigua base, y el 7 del mes siguiente empezó á ser arrastrado hasta el sitio en que hoy se halla colocado, habiendo durado la operacion hasta el 10 de setiembre, habiéndose empleado en esta traslacion cuarenta y cuatro cabrias, ciento cuarenta caballos y ochocientos hombres.

Hemos dicho que la gran plaza del Vaticano, en cuyo centro se eleva el obelisco de que acabamos de hablar, está adornada con dos magníficas galerías de columnas, y ahora añadimos, que cada una de ellas tiene sesenta y un pies de altura: sobre su cornisamento se hallan colocadas trescientas veinte estatuas de mas de once pies de alto. A derecha é izquierda hay dos fuentes que elevan el agua á grande altura, y delante de la Basílica, á los extremos de la escalinata, dos magníficas estatuas de San Pedro y San Pablo, que fueron mandadas hacer por Gregorio XVI, y colocadas en este sitio por su sucesor y actual pontífice Pio IX. Estas estatuas han venido á sustituir á las que habia antes, y que fueron colocadas por Pio II.

Es digna de admiracion la fachada del templo, y deseáramos estar adornados de los conocimientos necesarios para hacer su perfecta descripción, como asimismo del interior de la iglesia; empero, careciendo de ellos, nos contentamos con presentar el resultado de nuestros apuntes de viajes. La

altura de dicha fachada es de ciento y cincuenta pies, toda ella de mármol y adornada de columnas y pilastras corintias. En el centro se ve la Loggia ó balcon, donde el Sumo Pontífice dá la bendiccion al pueblo en las grandes solemnidades. Esta fachada fué construida en tiempo de Paulo V, y está coronada por trece estatuas, que representan al Salvador y los Apóstoles. Sobre el balcon, de que hemos hecho mérito, hay un bajo-relieve, que representa á Jesucristo en el acto de entregar á San Pedro las llaves de los cielos.

El pórtico del templo es magnífico, y se halla adornado con pinturas de gran valor, y en cada uno de los extremos se halla colocada una estatua ecuestre: la de la derecha representa á Constantino y la de la izquierda á Carlo-Magno. Cinco puertas dán entrada al templo. Sobre la de enmedio, que es de bronce, hay un bajo-relieve, que representa á Jesucristo diciendo al príncipe de los Apóstoles: *Pasce oves meas*. Una de las cinco puertas se halla tapiada y solo se abre los años llamados santos, en los que se gana el jubileo.

El viajero queda necesariamente sorprendido al entrar por primera vez dentro de este vasto y suntuoso edificio, cuya longitud es de seiscientos pies, y su latitud en el centro de la cruz de cuatrocientos cuarenta. La nave principal tiene ciento cuarenta y cuatro pies de altura por ochenta y seis de ancho.

Cuando nosotros nos vimos por primera vez bajo las bóvedas de tan augusto santuario: cuando nuestros ojos vieron tanta magnificencia en aquella casa del Señor, nuestra fé se alentó y un impulso involuntario nos hizo unir la frente al suelo para adorar al Dios de la Magestad. Cumplido este deber, alzamos de nuevo la vista, llamándonos la atencion la multitud de luces que ardan en forma circular ante el altar mayor aunque á la altura de poco mas de una vara del pavimento. Nos aproximamos para ver de cerca el altar, que se halla colocado en el centro de la cruz, bajo la vasta cúpula objeto de la admiracion de los viajeros, y de la que despues nos ocuparemos.

Este altar, que fué hecho construir en la forma que hoy tiene por Urbano VIII, y al que se sube por siete gradas, es todo de bronce dorado y consiste tan solamente en la mesa de altar, que es magnífica, y cuatro columnas del órden salomónico en los extremos que sostienen el magnífico reimate. No hay tabernáculo, y solo se vé sobre el altar una cruz y siete grandes candelabros. En este altar solo puede celebrar el Sumo Pontífice, que oficia con el rostro vuelto hácia el fondo de la nave, es decir, mirando á los fieles. Cuando en alguna gran festividad oficia algun cardenal, colócase para ello un altar portátil delante del papal y fuera de las gradas. Detrás del altar se halla dentro de una silla de bronce, la misma en que se sentaba San Pedro, y está sostenida por cuatro colosales estatuas que representan los cuatro principales doctores de la iglesia, San Agustin, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo y San Atanasio.

Debajo del altar papal está el llamado de la confesion de San Pedro, donde se conservan el cuerpo de este Apóstol y el de San Pablo; delante del cual arden dia y noche ciento veinte lámparas de bronce dorado, y son las luces que digimos habian llamado nuestra atencion al penetrar en el santuario. Se baja á esta capilla por hermosas escalinatas de mármol, adornadas por preciosas columnas de alabastro, y

en el pavimento y ante las reliquias de los santos Apóstoles se halla una estatua que representa al pontífice Pio VI haciendo oración, la cual fué colocada en este sitio en memoria de la costumbre que tenía este Papa, de santo recuerdo, de hacer diariamente oración en el mismo lugar.

Sería necesario llenar un volumen si hubiésemos de hacernos cargo de cada una de las preciosidades de la iglesia de San Pedro. En su nave principal se ven magníficas esculturas que representan á la insigne y esclarecida española Santa Teresa de Jesus, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, San Felipe Neri y otros varios santos fundadores, todas de finísimo mármol blanco y de tamaño mayor que el natural. Cerca del altar mayor y al lado de la Epístola se vé una imagen de bronce representando á San Pedro, cuyos pies besan cuantas personas visitan la basílica. Esta efigie fué hecha por el papa San Leon I, de una que en la antigüedad representaba á *Giove Capitolino*, y colocada por Paulo V en este sitio á la pública veneración.

Son dignos de mencionarse los magníficos mausoleos que en gran número se hallan en el templo y que encierran los restos mortales de muchos Sumos Pontífices. Los que nos parecieron de mayor mérito son los de Leon XI é Inocencio XI, adornados por hermosas estatuas de mármol blanco. En la suntuosa capilla de San Gregorio, donde reposa su cuerpo y que fué erigida de orden del papa Clemente VIII, descansa el cuerpo de Pio VII, en un sepulcro que no cede en mérito á ninguno de los otros.

No hay coro en la iglesia, y el cabildo de canónigos celebra sus oficios en una hermosa capilla de grandes dimensiones, donde están los sepulcros de San Juan Crisóstomo y de Clemente XI. Su bóveda está adornada de mosaico, y en el altar mayor hay un buen cuadro que representa la Inmaculada Concepción. También se ven algunos sepulcros de príncipes cristianos que han muerto en Roma, siendo el mas notable el de María Clementina, reina de Inglaterra. En diversos puntos del templo se encuentran colocados por disposición de Inocencio X, hasta cincuenta y seis grandes medallones que representan otros tantos Pontífices de los primeros siglos, y son innumerables las pinturas que se hallan en todo el templo.

La magnífica cúpula bajo la cual se halla el altar papal, es ciertamente lo que mas particularmente y con razon, llama la atención de los viajeros. Vamos, pues, á ocuparnos de esta obra admirable y verdaderamente gigantesca. A la elevación de Sixto V al trono pontificio, la iglesia de San Pedro carecía aun de cúpula, y solo estaba construido el tambor destinado á sostenerla. Varios Pontífices habian retrocedido sin atreverse á llevar á cabo obra tan colosal. El papa Sixto proyectó hacer lo que no habian hecho sus antecesores, y venciendo con ánimo resuelto, toda clase de dificultades, dió principio á la obra. Empleáronse, segun refiere un historiador, mil y cien vigas en el arco, de las cuales habia ciento que tenían cinco pies de diámetro. Seiscientos operarios se emplearon en la construcción de la cúpula, que fué concluida en el espacio de veinte y dos meses, colocándose la última piedra bendecida por el Pontífice, el 4 de mayo de 1590, en medio de las salvas de Artillería, y con general regocijo del pueblo romano. Empleáronse para levantar los materiales quinientas mil libras de cordaje, treinta mil de hierro, para la juntura de la cúpula, la cual es doble, y apretar su interior por medio de dos arcos, y un millón de libras de plomo para el revestimiento interior, habiéndose gastado tan solamente para los arcos doscientos mil escudos de oro (1).

Al rededor de la cúpula por el interior del templo, se hallan estas palabras, escritas en mosaico: *Tu es Petrus et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni caelorum*. Las letras de este mosaico, que desde el pavimento de la iglesia parecen ser como de un pié de alto, tienen siete. La cúpula como hemos dicho, es doble, y entre ambas hay cómodas escaleras para subir á la linterna y á la bola que sostiene la cruz, en la cual caben con comodidad quince ó diez y seis hombres. Nosotros estuvimos doce, y por cierto con bastante comodidad. Desde aquella altura contemplamos y veíamos por las ventanas que tiene, toda Roma y muchos mas pueblos. Las paredes de esta cúpula tienen veinte y cuatro pies de espesor. Desde el pavimento hasta lo alto de la cruz, tiene cuatrocientos veinte y cuatro pies de altura: la linterna sola, cincuenta y cuatro, y la cruz veinte. Diariamente es visitada esta maravilla por multitud de viajeros, habiendo empleados que con la mayor amabilidad dan cuantas explicaciones se desean. La subida desde el templo á la cúpula es muy cómoda, pues que son cuevas, y en sus paredes se ven muchas lápidas de mármol blanco que dan cuenta al viajero de los reyes y príncipes que la han visitado.

En otro artículo nos ocuparemos del palacio vaticano, y del acto sublime sobre toda ponderación de la bendición papal en el balcon de San Pedro.

E. MORENO CEBADA.

BOCETO.

Cual se desliza al despertar la aurora
Por el cáliz de tierna clavellina
La perla aljofarada que el sol dora,
Y se deshace en la punzante espina,
Y luego en la retama se evapora,
Y á confundirse vá entre la neblina:
Así mi infancia fué. ¡Perla sin precio!
¿Recobrarla podré?

—¡Deseo necio!

L. DEL BARCO.

ÚLTIMOS CANTOS.

POESÍAS DE DON JUAN GÜELL Y RENTÉ.

Un tomo en 4.º Edición de lujo. Madrid 1859.

ARTÍCULO CUARTO.

(Conclusion.)

No queriendo poner á prueba la paciencia de nuestros lectores, renunciemos al análisis de otras piezas contenidas en el libro del señor Güell. Pero no terminaremos esta agradable tarea, sin copiar la composición *A ella*. Bajo este epigrafe, que por lo misterioso tiene mucho de poético, se oculta un raudal de melancólica dulzura. Veamos:

«No me ocultes tu luz, sereno día,
Cuando al mirar mi gloria y sus despojos
Se estiende en mi redor nube sombría;
Cuando se apagan mis dolientes ojos,
Y el alma de sus galas se desprende
Derrama en su dolor llanto de enojos.
¡Divina Religion! mi duelo atiende,
Y en tu celeste bienhechor rocío
Baña mi alma y en tu amor la enciende.
Que embebecido el pensamiento mio,
Al eco misterioso de tu acento,
Anhela mitigar su desvario.
Triste de mí! que vivo sin contento,
Y del pesar arrastro la cadena
Que fatiga mi loco pensamiento.
Triste de mí! que sufro la honda pena
Del corazón, y naufrago perdido
En medio de la mar, que ronca trueno,
Surco el mar de la vida embravecido,
Sin que columbre mi esperanza el puerto
Del destino inclemente defendido.
Triste de mí! que en las riberas yerto,
Sin clara estrella á quien volver los ojos,
Piso la arena del erial desierto,
Donde sordo mi pecho á tus antojos
Y en triste pesadumbre, de continuo
Derrama en mi dolor llanto de enojos,
No quiso nunca mi fatal destino
Verter felicidad en mis amores
Ni alfombrar de azucenas mi camino,
Y senti, de mi infancia en los albores,
Trocarse en llanto mis ensueños de oro
Dejando al corazón duda y dolores.
¡Ay! que tú sabes bien, Virgen que adoro,
La causa de mi mal y desventura
Y el fuego en que me abraso y me devoro.
En pena y en dolor, mi vida oscura
Declina trabajosa hácia su ocaso
Y en tinieblas se tiene cual segura.
Blanco el cabello, vacilante el paso,
Al borde de un abismo tenebroso
Te lloro, hermosa, y en amor me abraso.
Por tí, por tí vagaba deleitoso,
Buscando sin cesar aquel reflejo
Que manda el sol de un tiempo venturoso.
Agora enfermo, caminando á viejo,
Me tornas el semblante, de continuo
Iracunda, y con torvo sobrecejo.
¿Por qué, dime, por qué, mi bien divino,
Me niegas las antorchas de tus ojos
Y vences en fiereza á mi destino?
Mira por tí mis párpados ya rojos,
Y cómo el corazón, sin esperanza
Derrama en su dolor llanto de enojos.
¿Qué regalos de mí? ¿Qué venturanza
No fué, mi bien, mayor que mi albedrío,
Cuando entregada, con sin par confianza,
A mi honesto y amante desvario,
Tu pecho, en nieve alzado, me juraba
Mayor cariño que el cariño mio?
¿Dónde está el juramento que soñaba?
¿Dónde aquel venturoso y encendido
Aliento que mis labios refrescaba?
¿Dónde el volver sereno y recogido
De tus ojos, que *afrentan* á la aurora
En su lecho de perlas guarnecido?
¿Dónde la blanca mano que enamora?
¿Dónde el cuello, que *afrenta* á la azucena,
Y aquel suave color, que descolora
La *lumbre* fulgídisima y serena
Que el valle, y la pradera floreciente,
Desde que muere el sol blanda enagena?
¿Dónde la nieve de tu hermosa frente
Que del iris eclipsa los colores
Si el pudor la sonroja blandamente?
¿Dónde las hebras de tu *pelo* en flores
Y las largas pestañas de tus ojos
Brotando perlas y vertiendo amores?
¡Ay! todo lo perdí... como entre abrojos
Llora la triste flor, mi alma apenada
Derrama en su dolor llanto de enojos.
Y en llanto siempre vivirá cuitada
Por el perdido bien, que en dulcedumbre
A ninguna beldad es comparada,
De hoy mas mi desventura y pesadumbre
De eterno ejemplo al amador le sea
Para que esquivé del amor la *lumbre*,
Mi *bárbara* orfandad el mundo vea,
Y sepa mi beldad el desconsuelo
Que en torno de mi vida se pasea.
No me niegues su rayo el justo cielo,
Que el ánima enfermiza y sin amores
Halla tan solo en el morir consuelo.
Acaben, por piedad, tantos rigores
De destroz *con impetu tedioso*
El pobre corazón que, en sus dolores,
Hasta el viento le niega receloso
Seguro asilo en sus sonantes alas,
De tanta pena y de dolor medroso.
Luce en mal hora tus preciosas galas,
Que al eco de mi muerte y triste canto,
El ámbar perfumado que regalas
Irá á perderse en el raudal del llanto

Que ha de brotar, mal grado, la fiereza
Con que tratas mi amor cándido y santo.
Y cuando ya recline mi cabeza
En la tumba que guarde mis despojos,
Las lágrimas *no surquen tu belleza*...
Muger, no des por mí llanto de enojos.

El señor Güell habla, á menudo, del cuello que *afrenta* (en blancura), á la *azucena*; de los ojos brillantes que con su luz *afrentan* á la aurora, y á fé que no ha podido ocurrírsele una palabra menos poética. Breton de los Herreros, sin rival en las locuciones castizas y galanas y floridas, satiriza con razon á los poetas que usan verbos como el verbo *afrentar*. En el *Cuarto de hora* pone en boca de un versificador, homónimo del Gringoire de Victor Hugo, una lindísima décima llena de *la causticidad* que sabe emplear el patriarca de nuestros dramáticos, y en que espresa: «que la frente de Carolina *abochorna* á la azucena.»

El señor Güell, asi como otros autores modernos, dice: *lumbre por luz*. Tenga presente que *lumbre* y *luz* no son sinónimos.

¿Dónde las hebras de tu *pelo* en flores?

Pelo es prosáico, y mas que prosáico, vulgar: en verso hay que decir *cabellos*, ó hay que nombrarlos en sentido metafórico.

«Mi *bárbara* orfandad el mundo vea.»

El adjetivo es impropio: puede ser *bárbara* la persona que dejó al poeta en la orfandad que llora, pero la orfandad, por sí, no es *bárbara*, puede ser *tétrica*, etc.

El pobre corazón que, en sus dolores,
Hasta el viento le niega receloso
Seguro asilo en sus sonantes alas...

Versos buenos, sonoros, pero ¿qué dicen? Esto trasciende á culteranismo.

«Las lágrimas *no surquen tu belleza*...»

Aquí *belleza* está en lugar de rostro, de mejillas, pero es un gongorismo tan *culto* como el anterior. ¡Lástima que el poeta no meditara un poco más á fin de no imprimir un lunar de tan mal gusto al término de esta magnífica poesía! En cuanto á sus bellezas, son muchas: toda la composición respira la dulce melancolía de las almas tiernas, verdaderamente apasionadas. Las locuciones castizas, la forma, tan llena de encanto, la sonoridad de los períodos, la rotundidad de los versos, los pensamientos melancólicos, espesados con suave facilidad, todo esto hace de la pieza final del libro una producción que, por sí sola, acreditaría al señor Güell como poeta del corazón y del sentimiento.

Hemos dicho en nuestro anterior artículo, que los hermanos Güell aspiran entre los literatos hispano-americanos á la palma de los Argensolas; mas para que así sea, lo primero que necesitan es la suma corrección de lenguaje que tenían los vates aragoneses, de quienes Lope de Vega dijo «que habian venido á Madrid á enseñar la lengua castellana.»

A Herrera ha querido imitar el señor Güell en esta poesía última, y en verdad que ha comprendido á su modelo, tanto en el fondo como en la forma. En el fondo, porque ha dado, como Herrera á sus versos eróticos, *un tono mas ideal y sublime* que los antiguos: esto es digno del poeta cristiano. En la forma, porque Herrera, «empleó modos de decir separados de la lengua usual, y á este esmero añadió el cuidado de pintar al oído, por medio de la armonía imitativa, haciendo que los sonidos tuviesen armonía con la imagen; así que, unas veces corren fluidos y fáciles, otras penetran el oído con sosegada y apacible melancolía (1).»

Para que se vea cómo ha sabido Güell rivalizar con su maestro, recordemos algo de Herrera. Dice el sevillano:

«Pues la luz que escogí por cierta guía,
Sombra oscura del cielo me defiende,
Llora conmigo, amor, la pena mia,
Ya sobre mi nublado horror descendiendo
Y me aflige la suerte y rinde á llanto,
Que el fuego que me abrasa airado enciende,
En lágrimas deshago el triste canto,
Y en ellas ya debria estar desecho
El duro corazón que sufre tanto.

¿A dó el favor antiguo? ¿á dó la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?
¿A dó tantos despojos y victoria?
Collados altos, bosque deleitoso,
Fuente abundosa y agradable puerto
Testigos de mi bien y mi reposo;
¿A dó el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de süave rosa
Tiernamente tal vez descolorido?

Llore Bétis los versos que me oia,
Y tú, que no te ofendes de mis males,
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Las aves, con sus cantos desiguales,
Acompañan la voz de mi lamento
Y de esta fuente rotos los cristales.
No es mi queja mayor que mi tormento,
Que el corazón que tengo es bien bastante
Para cualquier profundo sentimiento, etc.

Téngase en cuenta la dificultad de manejar este metro; compárense los versos citados con los anteriores de Güell, y en los del poeta cubano encontraremos entonación, dulzura, suavidad y armonía. ¿No eran estas las dotes del insipido cantor del Bétis?

Restanos hacer del libro de don Juan Güell y Renté un elogio, que es el que mas puede lisonjearle, y que habla

(1) Quintana, introducción al *Tesoro del Parnaso Español*.

(1) Lafon. *Roma antigua y moderna*, pág. 641. Versión española. Barcelona 1857.

muy alto en favor del poeta, así como de Cuba ante España y de España ante Europa. Ese elogio es el siguiente: Las poesías que acabamos de examinar, puede cualquier honrado padre de familia ponerlas en las castas manos de sus hijas, sin temor de que despierten en las almas inocentes las pasiones dormidas; sin temor de que desarrollen los malos instintos del corazón; sin incitar siquiera la curiosidad de la juventud, amiga siempre de lo misterioso y de lo desconocido. Hemos dicho que este elogio habla muy alto en favor del poeta, porque el mas hermoso timbre de los literatos españoles ha sido siempre la moralidad: hemos dicho que este elogio enaltece á Cuba, porque mientras otros pueblos del Nuevo-Mundo se destrozan impiamente, Cuba permanece mas ó menos bien gobernada, pero fiel á las máximas de sus conquistadores; y el elogio, en suma, honra á España, porque España ha llevado á tan apartados climas, y aun mantiene en ellos, la fé que la coronó de gloria; la fé que puso en las manos de Pelayo el estandarte que luego tremoló victorioso en donde quiera que nuestros padres lidiaron á su bienhechora sombra. ¿Y cuándo produce Cuba hijos como don Juan Güell? En la época desgraciada en que tanto «se atormentan los hombres, porque el dioscello del mundo tiene el mismo temple y es tan estravagante como en el primer día. Cuando él llama á eso *razón*, y no la emplea «mas que en gobernarse mas bestialmente que las bestias. »Se parece (si tu Señoría lo permite) á esas cigarras de largas patas, que saltan y revolotean en la yerba cantando «su vieja canción. ¡Y si estuviera siempre en la yerba (1)!»

Los poetas de Cuba son católicos; allí no ha penetrado aún la pestilente fiebre de la duda, y aunque «en todos los siglos se parecen los hombres, porque en todos tiempos son hermanos respecto de sus pasiones y virtudes; aunque cada generación vuelve á coger su tela de Penélope y trabaja nuevamente en la misma armazón,» en Cuba hay creencias, porque hay religion; no hay esos «hombres sin seso, de que nos dá noticia Montaigne diciéndonos, que se empeñan en ser peores de lo que pueden.» Si en Europa, al decir de Baile, pululan los que, viviendo en la irreligion, no hacen mas que dudar, sin jamás llegar á la certeza, y *hablan mas que piensan*, en aquella preciosa joya del catolicismo no se ha infestado el ambiente con los miasmas de esa filosofía deletérea, que no cree hermanables la religion y la ciencia, cuando el catolicismo no desvía, sino que conduce á ella. El catolicismo funde las diversas edades del mundo de la inteligencia, sin confundir los tiempos, ni el espíritu con la materia; ilumina los objetos, engrandeciéndolos con el microscopio de la razón, para que, resplandeciendo la verdad, conozca el hombre cuál es la senda que puede conducirle al triunfo de su talento; el catolicismo hasta permite la investigación de las causas, y dota á cada generación de mas grandes veneros de riqueza científica, á fin de que este mortal, este rey destronado, hecho á semejanza de su Autor Divino, pueda siempre lanzarse á los espacios de lo infinito en busca de ese *mas allá* que nunca podrá alcanzar, pero que es, justamente, el *deseo* que Dios imprime en el alma, para que no se debilite á la sombra del laurel de sus victorias...

¡Oh! ¡y cuán dichoso es el poeta que, sujetándose á una idea dada, inmutable, la fé en lo que Dios ha dicho por los labios de sus elegidos, lanza su pensamiento por los insondables espacios del vacío y vuela en pos de nuevos cielos, nuevos soles, nuevos mundos, y en todas partes encuentra lo incomprendible, la materia y el espíritu, lo infinito, el poder de Dios! Entonces *siente* en la inmortalidad del alma que le inspira; alienta con la esperanza de nueva vida, vida eterna; modela sus acciones en la norma que la religion le ha dado, *crea* y *espera*. Entonces ve que si todo muere en torno suyo, porque esa es la eterna metempsicosis de la materia, en cambio su misma razón le persuade de la inmortalidad del espíritu inteligente que le anima, y ¡cuán consoladora se le presenta la idea de que, algun día, en otras regiones, abrazará de una sola mirada el mundo de los espíritus! Allí contemplará ese sincronismo divino en que, agrupadas las generaciones de los buenos que en el mundo han sido, se olvidará del pasado con sus dolores, anegado en el océano de luz de un presente de dicha inefable, y divinando el porvenir, sin velos, en la inmortalidad de la gloria!

¡Poetas! si pretendéis ser los conductores de la especie humana, recordadla que por *feliz culpa* ha nacido á padecer; recordadla que su trono está en el cielo... Alentadla con vuestra fé; Dios la remontará en las lumínicas alas de la esperanza!

Madrid 4 de agosto de 1860.

JUAN MIGUEL DE LOSADA.

LA GOLONDRINA.

Alzó un día su rápido vuelo
fugaz golondrina,
y las auras con plácido arrullo
su cuerpo mecían:

Contemplando el matiz de los cielos,
el brillo del sol,
esclamaba la pobre ignorante
con trémula voz:

—¡Quién pudiera mirarte de cerca
tan solo un momento,
clara luz que das fuerza á mis alas
y norte á mi vuelo!

(1) Melistófeles, dirigiéndose al Señor, en el prólogo del *Fausto*, de Goethe.

¡Quién pudiera mirar esa luna
de cerca una vez!

¡Quién pudiera el albor de los astros
cercano tener!

¡Oh! gran Dios, por quien brilla esplendente
la cándida luna,
de quien toman su luz las estrellas
magnífica y pura!

Tú que al sol un destello de gloria
cediste al brillar,
robustece mis alas, que aun quiero
mas alto volar!—

Dice así; y á la bóveda inmensa
su rumbo dirige,
y en el éter su cuerpo se pierde
cual punto invisible.

Pero ¡ay triste! su afán era inútil,
que el brillo del sol,
consumiendo las débiles alas
su vista cegó!

Tambien yo, que entre dulces ensueños
pasaba mi vida,
tanto quise soñar, ¡ay! que en vela
me halló el nuevo día!

Tambien yo, que dejé sin recelo
mi mente volar,
sentí el fuego cebarse en mis alas,
mis ojos cegar!

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

HISTORIA DE UN PUÑAL CORSO.

(Conclusion.)

II.

Ocho dias despues de la escena que acabo de describir, á la caída de la tarde, un jóven abriéndose paso por entre los matorrales, bajaba la cuesta de una de las montañas mas elevadas de Cagna. Aunque llevaba con desembarazo su escopeta al hombro, y aunque en su aire resuelto se adivinara que haria uso de ella cuando llegara el caso, la alteracion de sus facciones y el desórden de su traje, manifestaban un cansancio estremado. En aquel sitio la cadena de montañas se dividía en dos y formaba una garganta bastante estrecha, cortada de trecho en trecho por barrancos en cuyo fondo hervían los torrentes subterráneos que se escapan de los mares. El suelo alfombrado de musgo y de tomillo, contrastaba notablemente con las altas cúspides que se veían por todas partes, picos inaccesibles á la planta humana.

El hombre de la escopeta sin parar su atencion en las bellezas silvestres de aquel magnífico espectáculo que tenia delante, apenas llegó á la falda de la montaña cuando se arrojó con desaliento al pié de un árbol, bebió algunas gotas de un licor que llevaba en una calabaza, y se quedó inmóvil, entregado á una meditacion sombría.

Sin embargo, el sol bajaba rápidamente por detrás de las montañas, los insectos se ocultaban entre las yerbas, y la gacela, animada por el principio de la oscuridad, mostraba curiosamente su cabeza sobre el abismo; todo se callaba poco á poco, la naturaleza recogida parecia inclinarse con respeto ante la hora solemne en que el rey de la tierra vestido de púrpura y de oro lleva su luz y su calor á otras regiones. El jóven viajero, al cabo de algunos instantes de inmovilidad, alzó un poco la cabeza, se pasó varias veces la mano por la frente, y prestó el oido con atencion, mirando por todas partes con ojos encendidos de fiebre.

Pero todo parecia muerto en aquellos lugares solitarios; el desconocido hizo un ademán de impaciencia y esclamó:

—¡Otro dia perdido!

En aquel momento se iba estendiendo el velo de las tinieblas; los objetos desaparecian uno á uno, y en breve solo se distinguió en medio del azul del firmamento, la cabeza gigantesca de la montaña coronada con una aureola de brillantes estrellas.

—Entonces la necesidad de descansar venció las preocupaciones del viajero.

—Durmamos, se dijo, y quiera Dios que el sol de mañana no se ponga para todo el mundo.

Una noche pasada al aire libre es cosa muy comun entre los montañeses; el nuestro terminó bien luego sus preparativos; estendido bajo el árbol, cuyas raices le servían de cabecera, con la escopeta al lado, no tardó en hallar en el sueño el olvido de todos sus males.

A eso de las doce la oscuridad del valle principiá á disminuir; la luna subía progresivamente por detrás de un castañar próximo, esparciendo sobre el paisaje esa tinta melancólica cuyo efecto tierno no pudo producir jamás ningún pincel. Con aquellos misteriosos resplandores, la naturaleza pareció que se despertaba un momento; las plantas, las yerbas dobladas se levantaron á medias cubiertas de rocío, y de lo alto de los montes bajaban los blancos vapores arrancados á la tierra.

De repente, en medio de aquella silenciosa fantasmagoría, sobre un pico que acaso no había hollado nunca el pié de una gamuza, se dibujó una silueta humana á la dudosa claridad del cielo. ¿Por qué camino había llegado aquel misterioso personaje? Nadie habria podido decirlo. Sin em-

bargo, al ver la seguridad con que se puso á bajar la cresta, podia adivinarse fácilmente que conocia los caminos mas ignorados. Pegando antes con la culata de su escopeta sobre cada fragmento de roca, sobre cada raíz que sobresalía en el suelo, adelantaba un pié y luego el otro, con una destreza y prontitud, que el peligro de aquellos sitios hacia casi sobrenaturales.

Aquel hombre atrevido, que habia pasado ya la primera juventud, era de estatura ordinaria, robusto y de anchos hombros; su fisonomía morena y curtida se confundía con su barba y con sus cejas muy pobladas y negras; en torno de su cabeza una abundante cabellera pasaba su gorra elevada en punta y venia á caer sobre su frente: la única cosa que se distinguía en medio de aquel rostro sombrío eran los ojos; la ferocidad, la ironía y la astucia que los animaban, les daban una expresion imposible de describir. Este nuevo personaje estaba á punto de atravesar el último espacio que le separaba del valle, cuando se detuvo súbitamente y dió un salto hácia atrás buscando con los ojos en la sombra el enemigo que su instinto le acababa de hacer presentir.

La luna que en aquel momento sobre pasaba las copas de los árboles, envió uno de sus rayos hácia el sitio donde dormía el viajero; el rastrillo de la escopeta que estaba en el suelo reflejó la luz.

Era bastante; ya sabia el cazador donde se encontraba la presa.

Una sonrisa sardónica asomó á los labios del montañés; rápido como la flecha, silencioso como la sombra, en dos brincos estuvo al lado del que dormía.

Entonces principió una escena extraña, inaudita, fantástica; con una rodilla en tierra, con la boca del cañon de su escopeta rozando los cabellos de su adversario y el dedo en el gatillo, nuestro hombre se quedó inmóvil; cinco horas se pasaron de este modo, sin un ademán, sin un movimiento, sin el menor estremecimiento de los músculos; sordo á los mil rumores de la noche, nada podia distraerle: su vida era aquella presa dormida, cuyo despertar aguardaba con paciencia.

Por último, la brisa que refrescaba, la niebla que subía á lo alto de las montañas anunciaron el día; el alba rayaba entonces lanzando sus tintas azuladas y blanquecinas sobre el cuadro que acabo de describir; era un espectáculo siniestro. Aquella cabeza hermosa y jóven que sin duda iba á ser herida por una bala asesina; aquellos largos párpados cerrados que quizás nunca se abrirían; aquel guarda feroz que parecia no esperar otra cosa que la luz para que fuera mas certero su golpe; la muerte, en una palabra, estaba allí, violenta, repugnante, instantánea, invencible.

El alegre vuelo de un pájaro que salía de su nido despertó al que dormía; abrió los ojos, se alzó derecho como un cuerpo galvanizado, y buscó su arma: se la habían arrebatado.

Un grito de rabia resonó en el valle; el hombre habia permanecido de rodillas, y la punta de su escopeta subió en el aire; á pocos pasos de distancia se hallaba la de su enemigo.

—¡Pietro-Santo!

—No me esperabas tan temprano, Antonio, respondió el bandido con acento irónico. A mí me gusta encontrar á las gentes en la cama.

—Devuélveme la escopeta, Santo, dijo Antonio con una voz furiosa, pues es una cobardía desarmar á un hombre durante su sueño.

—Ni por pienso, contestó Pietro-Santo, y con su mano fuerte contenía la mano de Antonio, que queria apoderarse de su escopeta.

Conociendo que los medios violentos no eran los mas á propósito en la situacion en que se encontraba, el jóven probó otra manera de arreglarse.

—Hace ocho dias que te busco, le dijo.

—Que me espías, contestó el bandido en tono de burla.

—¡Qué importa! con tal que te encuentre, todo lo daré por bien empleado, repuso Antonio con acento firme.

—Sí, sí, ya me has encontrado, ya has logrado lo que querías, esclamó Pietro-Santo siempre con su acento burlesco; pero yo soy dueño de tu escopeta... bonita escopeta; á fé mia, añadió levantándose y jugando con el arma en su mano... ligera como la pluma de un águila...

—Santo, ¿quereis hablar conmigo? preguntó Antonio con mucha impaciencia.

—Tanto como quieras, hijo mio, hasta las doce, que es la hora en que tengo una cita.

Antonio se estremeció acordándose de lo que le habia contado Angeluccia sobre las exigencias de aquel miserable. En ocho dias podían haber pasado muchas cosas.

—¡Una cita! repitió.

—Sí.

—¿Y con quién? ¿puede saberse?

—Curioso eres, pero te lo diré; con el recaudador de T... respondió Santo.

—¡Os espera!

—Sí, como los recaudadores esperan á los valientes de mi especie, dijo el bandido con aquella sonrisa sardónica, que rara vez le abandonaba; pero basta, estos negocios son míos, y nada tienes tú que ver en ellos.

Y mientras hablaba así, Pietro-Santo no perdía de vista al jóven un solo momento; únicamente se habia echado al hombro su escopeta, y la de Antonio la tenía en el suelo sujeta bajo sus pies de hierro.

—Vamos, ven aquí, hijo mio, repuso; siéntate sobre esa yerba, pues á tu edad gustan todavía las comodidades. En cuanto á mí, que muchas veces tengo por coma una peña, con la piedra que está ahí tengo bastante. ¡Dios me asista! ¡cómo se parece esta piedra á la que cubre el cuerpo de mi hermano, á quien mató aquel mozo llamado Giovanni Roballini!

Un sudor frio inundó el cuerpo de Antonio; toda la venganza de aquel bandido estaba en aquella chanza abominable.

—Bastante vengado estais desde aquel tiempo, Pietro-Santo, y ya ha llegado el momento en que todo eso debe acabarse.

—¿Y por qué? ¿Acaso se ha quedado ya solo el viejo Giuseppe? exclamó friamente el bandido.

—Le queda una hija y nada más.

—Lo sé que es una hija.

—¿Y os atreveríais á tocar á una muger?

—Las mugeres dán hombres al mundo.

—Ya sabeis que, por rescatar la vida de su hija, Giuseppe Roballini ha vendido hasta la última cepa de viña; en el día solo le queda apenas para comer pan; ¿qué más queréis que os dé?

—Angeluccia es una muchacha guapa, dijo Pietro-Santo con una mirada inícuca.

El pobre Antonio se ahogaba; la idea de que el objeto de su amor y de su veneración se hallaba profanado por el pensamiento infernal de aquel malvado, le daba vértigos horribles; pero era preciso violentarse en presencia de aquel miserable.

—Yo amo á la joven Angeluccia, y quiero casarme con ella, dijo el joven con dignidad.

—Entonces el negocio se arregla; tu padre es rico y pagará por Roballini.

—Mi padre pagará si vuestras exigencias no crecen mas y mas cada día; contestó Antonio; y si os estoy buscando hace quince días, es para concluir un trato; Pietro-Santo, vengo á ofrecer os dinero.

—A falta de plomo, repuso Santo pegando con sus zapatos en la escopeta; muy bien, acepto.

—¿Qué cantidad exigís para renunciar, una vez pagada, á toda tentativa de venganza? preguntó Antonio, y además, ¿qué garantía tendremos de que cumplireis fielmente vuestra promesa?

—¿Y mi palabra! dijo Santo alzando con orgullo su cabeza; creo que nadie pueda decir que en mi vida he faltado á ella.

Esto era verdad; Pietro-Santo robaba, mataba, pero no mentaba nunca.

—Fijad la cantidad, dijo Antonio.

Santo reflexionó algunos instantes, y despues dijo una suma que arrancó una exclamacion de sorpresa al joven Antonio.

—Toda la fortuna de mi padre, dijo, no alcanza á la suma que me pedís.

—Entonces no hablemos mas de eso; Angeluccia es una buena muchacha que se sacrificará por salvar á su padre.

El bandido sabia muy bien cómo hacian daño sus palabras.

—¿Y la matareis? exclamó Antonio desesperado; ¿asesinareis á una joven?

—Veremos, veremos, dijo Santo con mucha calma, registrando el rastrillo de su escopeta.

La paciencia de Antonio se acababa; solo un deseo tenia, que era el de ahogar entre sus manos al miserable que se burlaba de su estado de desesperacion. Quizá iba á esponerse á una muerte cierta lanzándose sobre Pietro-Santo, cuando se le ocurrió una idea repentina. Tratando de recobrar su calma, se acercó al bandido que tenia siempre dispuesta su arma.

—Vamos, Santo, le dijo tratando de sonreír, sed razonable y vendelme mi felicidad un poco menos cara; en

cambio os prometo un Pater y un Ave el dia de mi boda.

El bandido se quitó la gorra con respeto.

—Hé ahí la primera palabra útil que pronuncias desde que estamos juntos; ea, por el Pater y el Ave quiero hacer un sacrificio.

—¿Rebajareis algo?

—Sí, rebajaré.

—¿Cuánto?

—La mitad de la suma, respondió el bandido. Antonio hizo un ademán de alegría.

—Con la condicion de que tú y tu padre os compromet-

La avaricia triunfaba de la prudencia.

Antonio se habia quedado blanco como un cadáver. Entreabriendo su chaqueta por delante, se metió la mano en el pecho como para buscar el papel y el lápiz que debía dar á Santo; un ruido seco, metálico, casi imperceptible resonó en el aire; el bandido hizo un ademán, sacudió su ancha manga, y agitó sus dedos precipitadamente.

Una rama seca se desprendió del árbol.

Pietro-Santo se tranquilizó.

—Es leña muerta, dijo bajándose para recoger la rama. En aquel momento la bala de una pistola le atravesó

la garganta; el bandido no cayó al suelo, y Antonio se quedó helado de espanto á la vista de la sangre que saltaba sobre él.

—¡Traidor! exclamó Pietro-Santo.

—¡Angeluccia!... murmuró el infeliz Antonio.

El puñal del bandido le clavaba en la tierra.

Algunos días despues de aquella mañana fúnebre un pastor que andaba buscando sus ovejas dispersas, vió un cadáver que yacía en el fondo del valle: era el del pobre Antonio atravesado por el puñal cuya guarnicion en forma de cruz sobresalía en su pecho.

El cuerpo de Pietro-Santo no se encontró, pero nadie dudó de su muerte, pues solo ella pudo obligar al bandido á que abandonara su fiel puñal. La yerba pisoteada, las piedras manchadas de sangre al borde del torrente, todo indujo á creer que cuando estaba próximo á espirar, aquel hombre enérgico y terrible quisorobar hasta sus despojos á la mano de la justicia; ¡se habia precipitado en el abismo!

Angeluccia permaneció soltera; pero estaban vengados los cinco hermanos de Roballini.

Mi puñal, caballero, es el mismo puñal de Pietro-Santo; hoy me sirve para cortar papel; ¡singular destino ha sido el suyo!

E. C. Y SOLER.

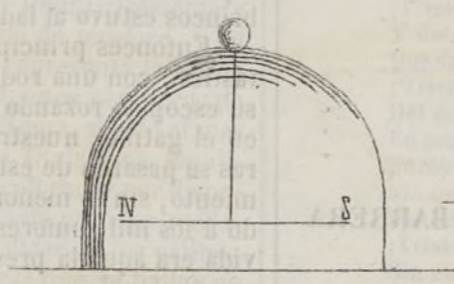


Fig. 1.

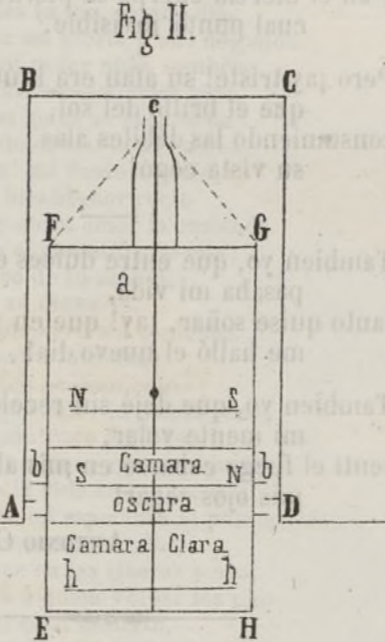


Fig. II.

Influencia de la luz sobre la aguja imantada

- Diciembre. Julio. 31 d.
- Noviembre. Junio. 30 d.
- Octubre. Mayo. 31 d.
- Febrero. Setiembre. Abril. 30 d.
- Enero. Agosto. Marzo. 31 d.
- Julio. 31 d.
- Junio. 30 d.
- Diciembre. Mayo. 31 d.
- Noviembre. Abril. 30 d.
- Octubre. Marzo. 31 d.
- Setiembre. Febrero. 30 d.
- Agosto. Enero. 31 d.

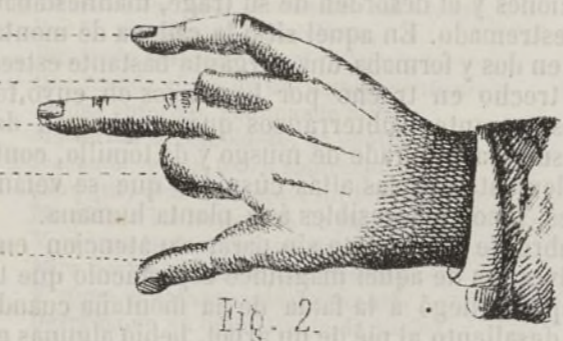


Fig. 2.

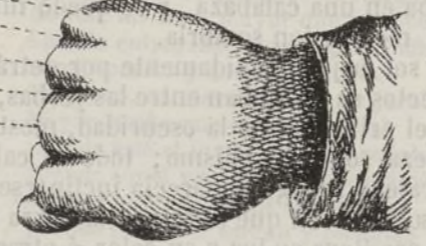


Fig. 3.

Medicion del tiempo.

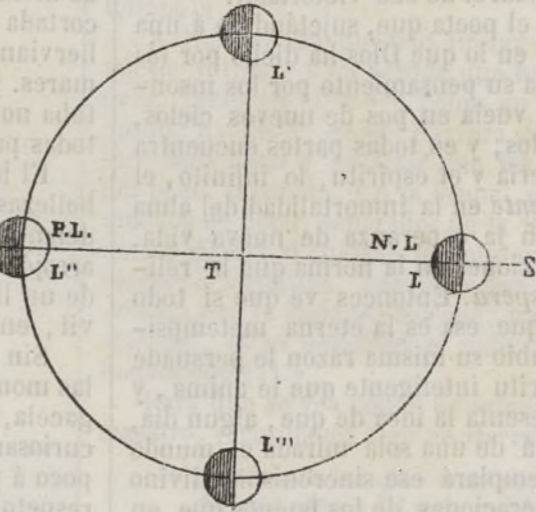


Fig. 1.

EL MAGNETISMO Y LA LUZ.

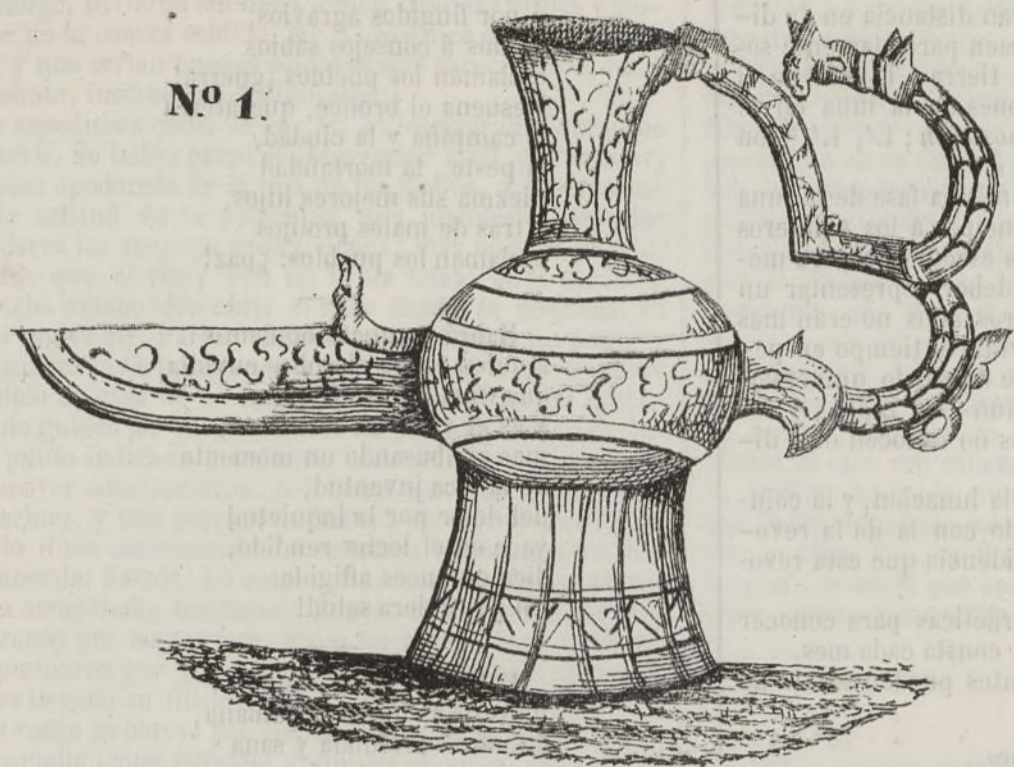
El resultado de los estudios cada vez mas profundos hechos en estos últimos años sobre las misteriosas fuerzas de la naturaleza física, las cuales se ha convenido en representar

bajo la forma de fluidos, á los que se ha dado el nombre de Fluidos imponderables, ha sido origen de sugerir y apoyar la siguiente idea: que son fenómenos producidos por una causa única que se manifiesta de varias maneras, segun las circunstancias y las especies de cuerpos que sirven de palenque á sus juegos. Siguiendo esta hipótesis se llegan á considerar los efectos del magnetismo, del galvanismo, de la electricidad, del calórico, de la luz y de la atraccion, como variantes en un movimiento original y constante de una materia sutil, universalmente difundida, que se llama éter.

Mr. Jacobæus, confundido por la observacion tan conocida de que las plantas conservadas durante el invierno en un cuarto calentado, no giran sus hojas ni sus flores hácia el foco de calor del cuarto, sino en direccion de la luz del sol, á pesar del frio que reina por esta parte, ha hecho desde 1851 acá una serie de esperimentos sobre los efectos



Nº 1.



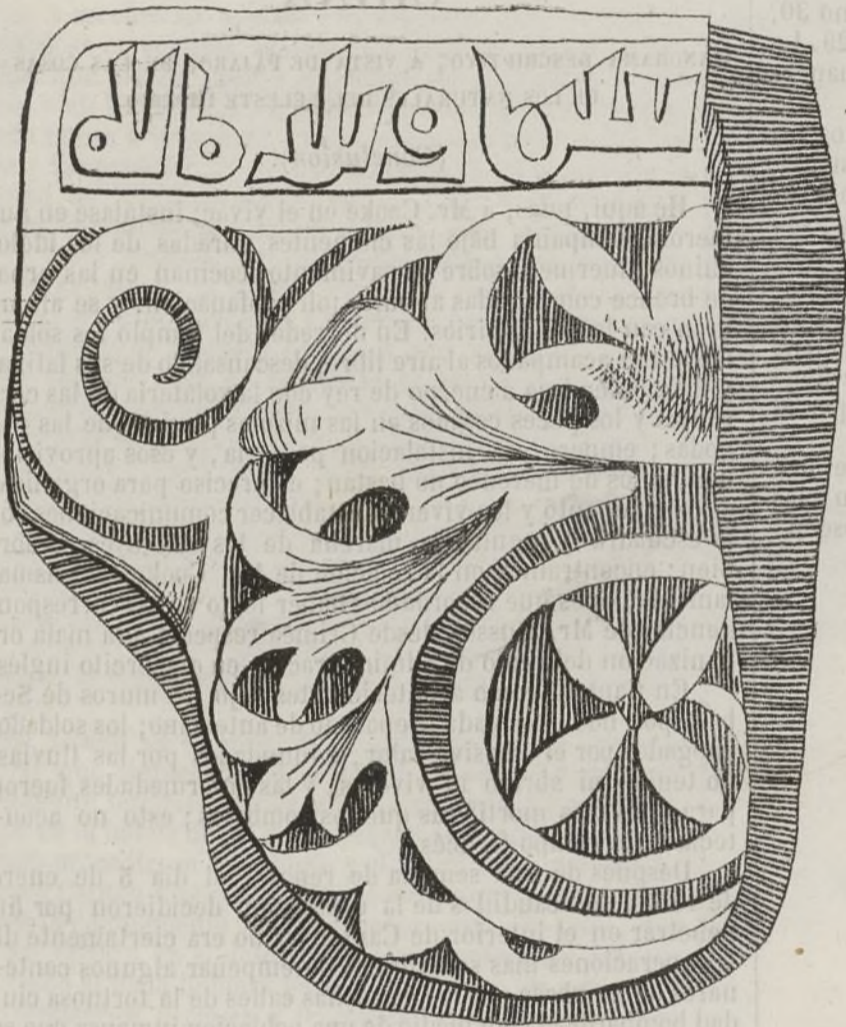
Nº 3.



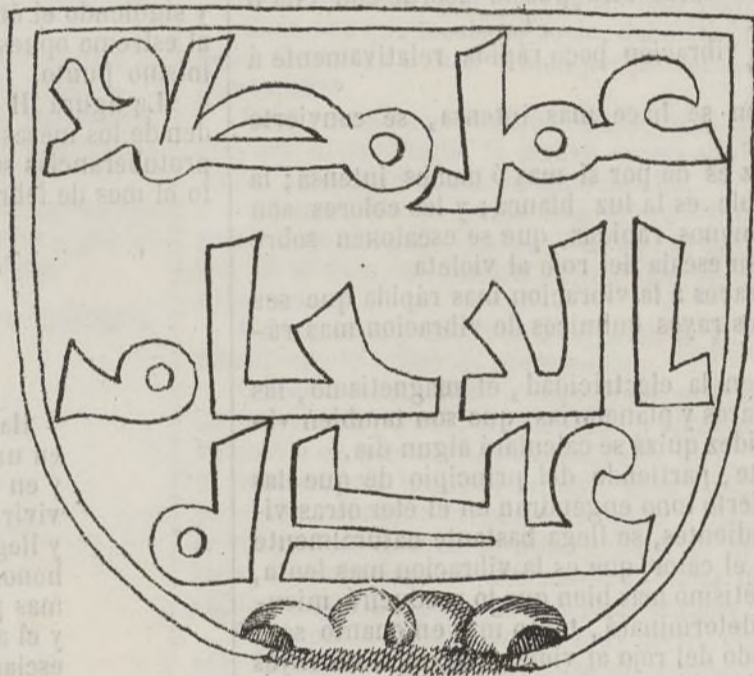
Nº 2.



Nº 5.



Nº 4.



ANTIGÜEDADES DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA.

combinados y recíprocos de la electricidad y de la luz. El asunto vale la pena de que reasumamos algunos de sus ensayos y la teoría que de ellos ha deducido.

Esperimentos. 1.º Ha observado que en una ventana abierta al Oeste «cada vez que con un cielo claro, una nube aislada empujada por el viento se desliza rápidamente por delante del sol, la aguja imantada se inclina al Este; mientras que cuando el cielo está salpicado de nubes sin estar enteramente cubierto, poniendo un carton entre el aparato y la luz, la aguja se dirige á la parte del Oeste.»

Mr. Jacobæus deduce de esto la consecuencia natural de que la luz del sol tiene mas influencia que el calor sobre la aguja imantada.

2.º Una aguja de seis pulgadas de longitud suspendida por una hebra de capullo de gusano de seda en un bocal de cristal (fig. I.) y espuesta alternativamente á la luz solar, y despues á la oscuridad, produce fenómenos de atraccion y de repulsion como la bola de médula de saúco colocada delante del pedazo de cristal ó de resina electrizada por el roce. Si la punta meridional S ha sido afectada por la luz de manera que le haga espermentar una atraccion, si tras esto se la sumerge en seguida en la oscuridad y se esponc otra vez acto continuo la punta opuesta á la luz esta última punta sufrirá una repulsion. Y vice-versa con la punta sep-

trientral N: atraida primero por la luz hará que ésta rechace en seguida la punta opuesta.

3.º En el mismo aparato, y durante el verano, la punta septentrional gira al Oeste desde las seis de la mañana hasta el medio día, y desde esta hora á las seis de la tarde se inclina al Este. De noche vuelve al Oeste y al primer albor de día se dirige al Este hasta las seis.

4.º Los efectos de atraccion y de repulsion del n.º 2 se hacen con una regularidad perfecta en un aparato del mismo género, perfeccionado, que representa la figura II y que el autor describe de la manera siguiente:

«Este aparato, que es una trasformacion mejorada del que hemos mencionado mas arriba, se compone de dos partes principales, á saber: de una caja exterior designada aquí por las letras A B C D. Esta caja, que se apoya sobre su propio pedestal, está construida de manera que la luz pueda introducirse en ella con facilidad por cualquier lado. Al efecto en cada uno de éstos hay ventanas que pueden levantarse separadamente y con prontitud por medio de una garrucha fijada á lo alto de la caja. Hay despues un aparato interior (E F G H) que descansa á su vez sobre su misma base. Este aparato interior está dividido en dos grandes partes, de las cuales la una, que es la caja operativa a, de forma paralepípeda, tiene de 12 á 14 pulga-

das en todos sentidos y está provista de cuatro vidrios, dos de los cuales están fijados en las dos tapaderas ó ventanas; la segunda parte, que tiene 8 pulgadas de elevacion y por cubierta el fondo de la caja primera, se compone igualmente de dos cajas, á saber: de una cámara oscura y de otra clara; esta última está provista de cristales y ventanas.

«e es un tubo de vidrio que sirve para prolongar el hilo. «b b, son planchas delgadas que se apoyan, sin tocarse, sobre pequeñas puntas de cobre y que al cruzarse cierran el paso á la luz que viene de abajo.

«h h, una paja. «S-N y N-S son agujas imantadas.

«Se taparán todas las hendiduras, donde sea posible, por medio de arena seca que se cimentará despues perfectamente con una mezcla de creta y grasa.

«Cerca de la caja de cristales se pondrá un pedazo de carton, el cual impedirá que la luz del sol se ponga en contacto directo con cualquiera de los dos polos de la aguja.

«El método de observacion de Gaus, que es el que debe seguirse, se aplica sin dificultad al aparato que acabamos de describir. Para esto no hay mas que colocar el espejo de la cámara clara, perpendicularmente al estremo de un

»prisma de madera paralelo á la aguja de la caja operativa y fijado á la punta del mismo hilo de cobre que sostiene la aguja. La observacion de los objetos representados en el espejo se hace por el antejo á trav3s de un largo tubo fijado y pegado en la cámara clara, de manera que quede escluida toda corriente de aire.»

Se ha probado además en este aparato que las atracciones y repulsiones no tienen lugar sino en el iman, y no en un cuerpo no magnético tal como la paja *h h*.

5.º Si se emplean dos agujas fijadas en un pedazo de corcho, como lo representa la figura III, de manera que los polos del mismo nombre S S ó N N se miren el uno al otro, la luz que atrae un extremo llama también al otro despues de rechazarlo. Pero si se vuelven á poner en seguida estas dos agujas en la posicion relativa que tomarian naturalmente (fig. IV), se verá que vuelven á empezar luego las atracciones seguidas de las repulsiones.

6.º Mr. Jacobæus ha tenido cuidado, en sus experimentos, de hacer pasar la luz á través de pedazos de hielo, de cristales de alumbre, de columnas de agua y de aceite de nabina, sustancias diáfanas sin ser diatermanas; es decir, que dejan pasar la luz y no el calor, y ha visto producirse los mismos fenómenos, de lo que deduce que es la luz y solamente la luz la que obra sobre la aguja imantada.

7.º Si se colocan dos aparatos de manera que en el uno la aguja reciba directamente los rayos solares al Este, y que en el otro reciba solamente su luz reflejada, viniendo del Oeste, hay atraccion del extremo N de la primera por la luz directa y repulsion del extremo correspondiente de la segunda por la luz reflejada.

8.º Finalmente, la luz de la luna ha producido igualmente atracciones y repulsiones.

Tales son los principales efectos observados por Mr. Jacobæus, los cuales parecen establecer que existe una fuerza que se ejerce de la luz al magnetismo, ó del magnetismo a la luz; Mr. Jacobæus llama á esta fuerza el *magnetismo luminoso ó solar*, ó *heliomagnetismo*.

Como al propio tiempo existe un magnetismo terrestre y un electro-magnetismo atmosférico ó meteorológico, es difícil sustraer la aguja á estas dos influencias, ó mas bien calcular la accion de la luz sobre ella, deduciendo la influencia de la tierra y la de las nubes. Hé aquí, sin embargo, el análisis á que es preciso ver esforzarse en llegar.

Teoría. El mismo observador deduce de estos hechos la teoría siguiente:

La luz, el calor, la electricidad, las fuerzas químicas, el magnetismo y la atraccion son vibraciones del éter.

Estas vibraciones difieren en la direccion de las olas y en la celeridad.

Una vibracion determina otra, como una cuerda de violín que vibra, hace vibrar otra puesta acorde con ella ó igualmente tirante.

El calor es una vibracion poco rápida relativamente á las demás.

Si esta vibracion se hace mas intensa, se convierte en luz.

La vibracion-luz es de por sí mas ó menos intensa; la menos intensa posible es la luz blanca; y los colores son vibraciones mas ó menos rápidas, que se escalonan sobre los siete grados de su escala del rojo al violeta.

Despues de los rayos á la vibracion mas rápida que sea aún color, vienen los rayos químicos de vibracion mas rápida todavía.

Tras estos vienen la electricidad, el magnetismo, las atracciones moleculares y planetarias, que son también vibraciones, cuya rapidez quizá se calculará algun día.

Por consiguiente, partiendo del principio de que las vibraciones de un cierto tono engendran en el éter otras vibraciones correspondientes, se llega bastante naturalmente á la deducción: que el calor, que es la vibracion mas lenta, contrariará el magnetismo mas bien que lo producirá, mientras que la luz lo determinará, tanto mas en cuanto será mas colorada subiendo del rojo al violeta. Despues los rayos químicos lo determinarán todavía mejor. En una palabra, todo rayo poseerá en mayor grado la facultad de obrar sobre la aguja en cuanto será mas fecundo en luz que en calor; de suerte, que el rojo que produce aun mucho calor, lo mismo que el blanco, ocuparán el tono mas bajo en la escala.

Las atracciones moleculares y planetarias, no son otra cosa que los efectos regulares de un magnetismo universal.

En cuanto á las repulsiones de la aguja, son producidas por contrariedades nacidas de direcciones inversas en las vibraciones. Así, pues, la luz del sol reflejada rechaza el polo que atrería la luz directa, porque la direccion ha sido modificada en la reflexion.

Tal es en resumen la teoría de Mr. Jacobæus. En cuanto á nosotros, la encontramos soberbia, y aun cuando la experiencia viniere á menudo á desconcertarla, la clasificaríamos entre las que nos hacen acercar á la gran ley de unidad, por la cual el Regulador de los mundos rige el movimiento en sus infinitas combinaciones.

L. N.

MEDICION DEL TIEMPO. — EL MES.

Considéranse dos revoluciones diferentes á la luna; la revolucion *sidereal* y la revolucion *sinódica*. La primera es el tiempo que nuestro satélite emplea en volver al mismo punto del cielo, y la segunda el que el astro necesita para llegar á la misma posicion con respecto al sol. Esta última revolucion es la que se llama con mucha frecuencia *lunacion ó mes lunar*, que parece haber dado origen al mes. Su duracion es de veinte y nueve dias y medio con corta diferencia. La figura I representa las cuatro principales posiciones de la luna en la revolucion sinódica. Para mas

sencillez hemos dado á la órbita de este astro la forma de un círculo. El sol se supone á una gran distancia en la direccion S., de suerte que sus rayos caen paralelamente sobre todos los puntos de la órbita. La tierra, T está en el centro. L, L' representan las posiciones de la luna en el momento de la *conjuncion* y de la *oposicion*; L', L'' son las posiciones de las *cuadraturas*.

La periodicidad de la vuelta de la misma fase de la luna no pudo dejar de impresionar al principio á los primeros observadores, y no es de estrañar que escogieran para medir el tiempo este astro que parece deber representar un gran papel en la creacion. Los primeros años no eran mas que lunaciones, y la costumbre de dividir el tiempo en períodos de 29 ó 30 dias ha sido siempre adoptado universalmente. Los mahometanos cuentan aún por lunas, y las tribus semi-salvajes de ambos mundos no conocen otra division del tiempo.

En todas partes se ha encontrado la lunacion, y la coincidencia de la duracion de este período con la de la revolucion de la luna, prueba hasta la evidencia que esta revolucion es el origen del mes.

Existen una multitud de reglas prácticas para conocer fácilmente el número de dias de que consta cada mes.

Por una parte, los versos siguientes pueden servir de medio mnemónico:

Treinta dias trae noviembre
Con abril, junio y setiembre,
Hay de veinte y ocho uno,
Los demás de treinta y uno.

Pueden emplearse también al efecto los dos procedimientos siguientes:

Se cierran el primero y el cuarto dedo de la mano; despues se dá á cada dedo el nombre de un mes, empezando por el *pulgar* y por el mes de *marzo*. Cuando se han acabado los cinco dedos se vuelve á empezar por el pulgar, y así sucesivamente hasta que se han nombrado los doce meses, de los cuales enero y febrero resultan los últimos. Los meses que corresponden á los dedos abiertos tienen 31 dias, y los que corresponden á los cerrados no tienen sino 30, exceptuándose febrero, que en vez de 30 tiene 28 ó 29. La figura II representa la posicion de la mano y la manera como deben contarse los meses.

El segundo procedimiento consiste en cerrar todos los dedos de la mano. Ya se sabe que estando cerrada la mano, el nacimiento de cada dedo (excepto el pulgar que no figura aquí) está indicado por una pequeña protuberancia, separada de la contigua por un hondo. Resultan por consiguiente cuatro protuberancias, y tres hondos. Se dá el nombre de un mes á cada una de las primeras y á cada uno de los segundos, empezando por uno de los extremos de la mano y siguiendo el órden natural de los meses. Cuando se llega al extremo opuesto de la mano se vuelve á empezar por el mismo punto.

La figura III representa la posicion de la mano y el órden de los meses. De estos, todos los que corresponden á las protuberancias son de 31 dias; los demás tienen 30, excepto el mes de febrero que no tiene sino 28 ó 29.

DOLORA.

Hay quien nace entre jarales
en una choza pequeña
y en loco delirio sueña
vivir en palacios reales:
y llega á tener caudales,
honores, mando, carroza;
mas ¡ay! entonces no goza,
y el alma de tedio mústia
esclama llena de angustia:
¡Quién me volviera á mi choza!

Teniendo envidia al piloto
de cien bajeles señor,
el tranquilo pescador
se entrega en brazos del Noto:
navega á conlín remoto
por saciar de oro la sed,
brama el mar con altivez,
le arroja á playa desierta,
y el pescador que despierta
clama: ¡mi barca! ¡mi red!

Cuando apenas sabe hablar,
cuando apenas tiene nombre,
dice el niño: ya soy hombre,
quiero ver mundo y gozar:
la tierra empieza á cruzar
suelos los maternos lazos;
mas hecha el alma pedazos,
solo halla dolo, mentira,
y esclama cuando suspira:
¡vuélveme, madre, á tus brazos!

La niña que por querer
que la vistieran de largo
de sus ojos llanto amargo
dejó mil veces correr,
despues que llega á muger
y con encajes se alia,
su corazón escudriña,
hallada en él hondo vacío
y esclama triste: ¡Dios mio!
¡ay de mí, quién fuera niña!

Por un palmo mas de tierra,
ó por fingidos agravios,
sordos á consejos sabios
esclaman los pueblos ¡guerra!
Resuena el bronce, que aterrera
la campiña y la ciudad,
la peste, la mortandad
diezma sus mejores hijos,
y tras de males prolijos
esclaman los pueblos: ¡paz!

Habrà magnate opulento
á quien tenga el pobre envidia,
que diga que se fastidia
y es el vivir un tormento;
mas si abusando un momento
de la loca juventud,
del dolor por la inquietud
yace en el lecho rendido,
dice entonces afligido:
¡Si yo tuviera salud!

Estos ejemplos, que son
hijos de la historia humana,
de moral profunda y sana
encierran una leccion:
le dicen al corazon
en delirios atrevido,
calma tu afan desmedido,
tu loca ambicion detén;
¡que solo se aprecia el bien
despues de haberle perdido!

J. GARCIA DE LA FOZ.

CHINA.

PANORAMA DESCRIPTIVO, Á VISTA DE PÁJARO, DE LAS COSAS Y DE LOS NATURALES DEL CELESTE IMPERIO.

(Conclusion).

Hé aquí, pues, á Mr. Cooke en el vivac; instálase en numerosa compañía bajo las Clementes miradas de los ídolos chinos; duermen sobre el pavimento, cocinan en las urnas de bronce consagradas al culto ¡oh profanacion! y se alumbra con los rojos cirios. En derredor del templo los soldados están acampados al aire libre, descansando de sus fatigas y manteniéndose á cuerpo de rey con la volateria de las cercanías y los peces cogidos en las mismas piscinas de las pagodas; empero esa instalacion precaria, y esos aprovisionamientos de merodeo no bastan; es preciso para organizar el campamento y los víveres, establecer comunicaciones con la escuadra y regular la marcha de los convoyes. Ahora bien; encontramos en la relacion de Mr. Cooke las mismas lamentaciones que recordamos haber leído en las correspondencias de Mr. Russell desde Crimea respecto á la mala organizacion del ramo de administracion en el ejército inglés.

En Canton, como aconteció antes bajo los muros de Sebastopol, no habia nada preparado de antemano; los soldados ahogados por el excesivo calor, ó inundados por las lluvias, no tenían ni abrigo ni víveres, y las enfermedades fueron para ellos mas mortíferas que los combates; esto no acontecia en el campo francés.

Despues de una semana de reposo, el dia 5 de enero de 1858, los caudillos de la expedicion decidieron por fin penetrar en el interior de Canton, y no era ciertamente de las operaciones mas sencillas la de empeñar algunos centenares de hombres por las estrechas calles de la tortuosa ciudad bombardeada, en medio de una poblacion inmensa que se podia suponer naturalmente hostil, y corriendo además el riesgo de encontrarse con la guarnicion tártara. Sin embargo, se tenían informes bastante precisos respecto de los edificios ocupados por los principales funcionarios; y se consideró de urgencia echar mano de esos mandarines intratables, y encontrar en resumidas cuentas con quien poder tratar y entenderse. El gobernador civil Pi-kwei fué el primero descubierto: estaba almorzando y le hicieron prisionero sin la menor dificultad. Otra columna se dirigió hácia otro edificio donde se sabia que estaban depositados los fondos públicos; la guardia que lo protegía no se esperaba semejante visita, el capitán comandante de ella desvenó el sable en ademán de querer oponer resistencia, pronto fué desarmado, y los ingleses tuvieron á bien registrar las cajas, que esperaban encontrar poco menos que vacías, conjeturando (pues hubo tiempo para ello) de que habrían procurado salvar el tesoro; pero por el contrario, encontraron cerca de cien cajas de plata en barras representando una suma muy enorme, sin contar mucha moneda acuñada de cobre, el hallazgo era magnífico; pero habia sus dificultades para trasladarle al campamento; esta dificultad se venció de un modo muy original. Ofrecióse una buena gratificacion á cada uno de entre los innumerables chinos que voluntariamente se brindase á trasportar el botín al campo inglés. En el momento se presentaron mas de mil, que formados en buen órden y escoltados trasladaron el tesoro al campamento del generoso enemigo. ¡Ejemplo de patriotismo chino! Fué una columna francesa la que tomó posesion del cuartel general del mandarin tártaro; no esperó la mas pequeña resistencia, y el tártaro se redujo á prision sin chistar. ¡Dónde, pues, estaban esas famosas tropas? Segun un estado que se halló entre los papeles que se ocuparon en casa del gobernador civil Pi-kwei, debían de existir dentro de la ciudad 7,000 soldados tártaros. ¿Dónde estaban, pues? Jamás se pudo averiguar. Es verdad que se batieron bien en un principio; pero luego, convencidos de que

con su mal armamento no podrían conseguir ventajas sobre el enemigo, tuvieron sin duda á bien tirar las armas y despojarse de la casaca militar. Mr. Cooke dice que no les falta valor; y que serían buenos soldados sino careciesen de buen armamento, instrucción y disciplina.

La expedición como se vé, en el interior de Canton no fué estéril. Se había preso al gobernador civil y al militar; se habían apoderado de la caja de los fondos, y experimentado la actitud de la población, que manifestó hacia los vencedores las mejores disposiciones; mas no paró en esto. Se sabía que el virey Yeh no había salido de la ciudad é importaba mucho descubrir el sitio donde se ocultaba. El cónsul inglés Mr. Parkes se encargó de dirigir las pesquisas; hizo sus averiguaciones y supo que el virey se había escondido en casa de un funcionario subalterno. El destacamento guiado por Mr. Parkes se encaminó á toda prisa hacia el punto indicado, y hallaron efectivamente dicha casa en la mayor consternación. Allí había un Estado Mayor de mandarines, y una porción de fardos, de cajas y papeleras, que sin duda contendrían los archivos y documentos importantes del Estado. La escena presentaba todas las trazas de una atropellada mudanza. Cuando los soldados ingleses penetraron por las puertas, todos los mandarines confusos se dispersaron por los diferentes departamentos creyendo que era llegada su última hora. Con todo, uno de ellos, y fué un rasgo generoso por cierto, se presentó al comandante de aquella tropa invasora y dijo ser el virey. Desgraciadamente para él y sobre todo para Yeh, su gruesura no correspondía ni remotamente á las señas que se llevaban del alto dignatario que se buscaba con tan vivo empeño, y Mr. Parkes prosiguió activamente sus investigaciones. En esos momentos atisvaron á un hombre muy corpulento haciendo desesperados esfuerzos para escalar la tapia del jardín; era precisamente el virey en persona, quien fué al punto capturado por un oficial y conducido á la presencia del cónsul. Primero negó con teson su identidad, luego vencido por la evidencia cayó en un profundo abatimiento, del cual volvió únicamente en vista de la promesa de que se le salvaría la vida. Gradualmente sus facciones se serenaron, y recobró su aplomo y su dignidad casi de mando. Sentándose en seguida de esto en su butaca, declaró á Mr. Parkes que estaba pronto á recibir en audiencia á lord Elgin y el baron Gros; creyendo de esta manera deparar mucha honra á los señores embajadores extranjeros. La actitud y las palabras del cónsul no tardaron en recordarle la realidad de su situación, y cuando subió á su palanquín para ser conducido con buena escolta preso al cuartel general, pudo sumirse en profundas reflexiones sobre los raros caprichos de la ciega fortuna que de este modo convertía al soberbio virey de Canton en humilde prisionero de un puñado de soldados bárbaros. Sin embargo, nuevamente recobró toda su serenidad al conferenciar con los embajadores y los almirantes; demostró mucha sangre fría, y habló mas bien en tono de superior, que no de igual á sus vencedores. Lord Elgin le hizo varias preguntas á las cuales contestó con irónica insolencia; por fin intimó aquel la orden de ser trasportado á bordo de uno de los buques de guerra, á la cual se resistió, obedeciendo al fin solo á la ley del mas fuerte; pero sin desmentir ni un momento la orgullosa terquedad de su raza, se sometió diciendo: «Pues bien, acepto vuestra invitación; así como así, no sentiré satisfacer la curiosidad que tengo de visitar uno de vuestros navíos!»

Mr. Cooke se estiende en detalles sobre las curiosas escenas que siguieron á la toma de Canton; detalles que difícilmente tendrían cabida en los depachos diplomáticos, por ser de la índole de las comunicaciones familiares. Sabido es cómo procedieron lord Elgin y el baron Gros, para organizar en Canton una especie de gobierno provisional, reinstalando solemnemente al gobernador civil Pi-kwei, y al general tártaro en el desempeño de sus anteriores funciones, como si nada hubiera pasado; solamente les agregaron tres comisarios ingleses y franceses, protegidos por una sección de tropa, para prestarles auxilio, al propio tiempo que ellos mismos eran vigilados. ¡Rara política la de los vencedores en aquella ocasión, y escepcional, estraña, pero también la mas acertada!—Y situación singular la de las autoridades chinas investidas y consagradas por extranjeros! ¿Qué se hacía en tanto en Pekín?... Lo cierto era que á los pocos días del bombardeo, ingleses y franceses se paseaban tranquilamente por todos los barrios de Canton, sin que ningún chino les dirigiera el menor insulto. Mr. Cooke no fué de los que menos satisficieron su curiosidad recorriendo Canton. Nada de particular ofrece el interior de aquella ciudad. Ya hemos indicado que basta ver una ciudad de la China para juzgar de las demás, pues todas se asemejan. Canton está sumamente poblada, y es plaza industrial y mercantil de primer orden; las calles atestadas de transeuntes y de almacenes, ofrece un aspecto animado; abunda en templos y edificios públicos; empero, escepto el templo de Confucio y la pagoda de los 500 dioses, los demás monumentos son poco notables. En su escursión, Mr. Cooke se detuvo en una plazuela que tenía deseos de examinar, era la de las ejecuciones públicas y capitales. Allí en solos dos años aseguraban, que 70,000 cabezas habían rodado bajo el filo de los sables de los verdugos chinos. La insurrección fué la que proporcionó á la inexorable justicia del virey tan espantable número de víctimas; cada día la plaza estaba hecha un lago de sangre, y aunque varios residentes europeos habían asistido á veces á esas ejecuciones, sus relatos sobre el particular, se leyeron por mucho tiempo con desconfianza en Europa; pero el testimonio adquirido en aquella ocasión por Mr. Cooke, y las declaraciones del mismo virey, disiparon todas las sospechas que se abrigan de que fuese exagerado el número fijado de las referidas víctimas.

Mr. Cooke, como lord Elgin, han visitado las prisiones de los chinos, y aseguran no haber visto nada mas horrible ni mas nauseabundo.

Los embajadores resolvieron, que el virey Yeh fuese remitido á Calcutta: primeramente, el ilustre viajero fué espedito á Hong-kong.

En cuanto al corresponsal de *El Times*, despues de haber asistido á la toma de Canton, visitado á Shang-hái, Ning-Po, Chusan y haber aspirado así algunas ráfagas del panorama de la China, juzgó su misión terminada, puesto que habiendo escrito lo bastante, respecto de la situación política y económica del Celeste Imperio, podía consiguientemente tocar retirada. Además, no quiso desperdiciar la ocasión que se le ofrecía de regresar en el navío *Inflexible*, que trasportaba á Yeh á la India, prometiéndose de este modo estudiar de cerca la fisonomía, carácter, ideas y costumbres del gran mandarín. En efecto, ese hombre que el día anterior gobernaba cual soberano una población de treinta millones de almas; que había derribado poco menos de cien mil cabezas; que por el obstinado orgullo de su política se había constituido enemigo de la Europa, y que había empeñado solo la lucha contra Inglaterra y Francia; el virey Yeh, en fin, bien merecía los honores de una biografía como la que escribió Mr. Cooke, la cual, para concluir, vamos á extractar en el siguiente y último capítulo.

VI.

Yeh tenía á la sazón 52 años; era alto, muy grueso, de rostro abultado, ojos pequeños, nariz ancha, boca grande, labios gruesos, bigote negro y ralo, dientes negros y manos pequeñas y bien formadas. Escaso de cabello, su cola ó treza era corta y mezquina, sus uñas no eran desproporcionadamente largas segun las usan en el país. Sin carecer de inteligencia, su fisonomía era fría, impasible y cruel; observábase en ella una espresion de voluntad firme y de estremada prudencia; en su persona y vestido era muy desaseado; hacia vano alarde de su vieja hopalanda que llevaba hacia diez años. Un día mandó que le preparasen un baño, y cuando salió del aposento notaron que á penas se le había mojado la palma de las manos. Parecía muy sóbrio, no fumaba opio, ni bebía mas que thé, y por lo regular observaba un método de vida muy sencillo. Su padre fué antiguo funcionario, y él no había llegado á la elevada dignidad de virey, hasta despues de haber sufrido los mas brillantes exámenes literarios y pasado sucesivamente por todas las graduaciones inferiores: había sido juez, prefecto, gobernador de provincia, etc., y debió su elevación solamente al mérito.—Una vez en alta mar, el virey pagó al Océano su tributo, sobrellevando con valor tan ruda prueba.

Mr. Cooke no pudo explorar al virey con sus preguntas, pues este contestaba con evasivas; estuvo poco comunicativo durante la travesía, y miraba á los ingleses como con desprecio, considerándolos como espías.

El *Inflexible* desembarcó sobre el muelle de Calcutta al antiguo virey de Canton y al corresponsal de *El Times*.

El primero, trascurridos algunos meses de cautiverio, en la capital de las Indias, sucumbió víctima de una enfermedad de languidez.

El segundo, regresó á Inglaterra, donde se ocupó en poner en buen orden sus papeles, revisar sus cartas y publicar el interesante librito que he procurado analizar.

P. DE PRADO Y TORRES.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA JULIA BONNAT.

Para escribir bellezas
en estas hojas
quisiera del Petrarca
la eterna gloria;
y tierra y cielo
me brindáran entonces
bellos conceptos.

Mas ya que del número
en mí no poseo
los ricos tesoros
que inspiran el genio,
sea dado á mi oscuro
fugaz pensamiento,
dejar en tus páginas
un débil recuerdo:
Recuerdo doliente,
flor del sentimiento;
protesta de un alma
que vive sufriendo
de amantes impulsos
los tiernos afectos,
y al par gime y llora,
sin paz ni sosiego...

Me niega la lira
sus dulces acentos,
no vibran sus cuerdas...
¡no importa! yo quiero
dejar en tus páginas
un débil recuerdo.

FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO TERCERO.

LOS DOS AMANTES.

Un trompo y una pelota yacían juntos dentro de un cajón de juguetes. El trompo dijo un día á la pelota.

—¿Porqué no haremos los dos pareja, ya que vivimos en una misma caja?

—Pero la pelota que era hecha de tafíete marroquí y que estaba tan pagada de sí misma como pudiera estarlo la mas apuesta doncella, no se dignó siquiera contestar al trompo.

Al siguiente día llegó el muchacho dueño de los juguetes; pintó el trompo de colorado y amarillo, y le puso una cabecita de latón reluciente, de tal modo que cuando le hacía dar vueltas en el suelo era la cosa mas galana del mundo.

—Mírame ahora,—decíale á la pelota,—mírame. ¿Qué tal te parezco? ¿No te decides todavía á que hagamos juntos una buena pareja? Créeme; hemos nacido el uno para el otro; pues tú saltas y yo bailo. ¡Cuán felices pudiéramos ser, si nos uniésemos!

—¿De veras?—contestaba irónicamente la pelota.—Pero tú olvidas que fueron mis padres unos pantuflos de rico marroquí, y que tengo por alma un corcho de España!

—Si; mas yo soy de caoba, y me torneó por su misma mano el corregidor de la villa, que tiene un torno para su diversión, y se deleitó en darme cuerpo y elegancia.

—¿Puedo dar crédito á lo que me dices?

—Así me tengan sin hacerme bailar una vez sola en toda mi vida, si te he dicho una palabra que no sea la pura verdad.

—Bien defiendes tu causa; pero aun así me es imposible aceptar tu proposición. Estoy poco menos que comprometida con un gorrion. Cada vez que vuelo por el aire, saca él la cabeza fuera del nido y me pregunta: «¿Quiéres?» y como yo le he contestado «Sí», considero ya esto, como una palabra de matrimonio. Sin embargo, te aseguro que siempre me acordaré de tí.

—¿Y qué adelantaré yo con ello?

Desde este momento el trompo y la pelota dejaron de hablarse, y no hubo ya mas trato entre ellos.

Al otro día el muchacho cogió la pelota. El trompo la veía encaramarse por lo alto, como pájaro ligero, hasta perderse de vista, y al cabo de un rato volver á bajar.

Cada vez que tocaba al suelo, daba otro salto; fuese por deseo de volver á subir ó bien porque tenía el alma de corcho español.

Pero á la novena vez que subió, voló muy alto; y por mas que el muchacho la estuvo esperando largo rato, no volvió á bajar, ni jamás se supo de ella.

—Bien acierto yo donde está ahora—se dijo á sí mismo suspirando el celoso trompo;—de fijo se la pudiera encontrar en el nido del gorrion, con quien se habrá casado á estas horas.

Cuanto mas pensaba el trompo en la pelota, tanto mas enamorado se sentía de sus encantos.

Su amor se aumentaba mas y mas, precisamente porque no tenía ya esperanza de poseerla, y sobretodo por el pensamiento de que estaba ya casada con otro. Y así era que el desconsolado trompo, bailaba, daba vueltas y zumbaba; pero tenía siempre el corazón afligido y fija la mente en la pelota, cuyas gracias le multiplicaba su apasionada fantasía. Pasaron años de esta manera, hasta que al cabo de algunos, este amor era una historia antigua.

Tampoco el trompo era ya muy jóven, cuando un día se vió de repente remozado, pues el muchacho le sacó del cajón y le doró de los pies á la cabeza. Considerábase envanecido, como si fuera de oro, y esperaba con impaciencia la hora en que le sacase su dueño á bailar de nuevo. Al fin se le logró su deseo. El muchacho le hacía bailar y saltar, pero un día le arrojó tan distante que no le pudo encontrar. Le buscó por todas partes, mas en vano: el trompo había desaparecido.

¿En dónde podía estar?

Había ido á parar á un basurero, entre los tronchos de col, las barreduras, y las inmundicias que caían de las canales del tejado.

—¡Bonito voy á quedar ahora!—exclamó el infeliz.—Mi traje de oro muy pronto va á enmohecerse con el contacto de toda esta basura. ¡Santos cielos! ¡Qué mescolanza de desperdicios y suciedades me ha tocado para compañía!

Y fijó en esto la vista en los dos objetos que mas cerca de él estaban, los cuales eran un troncho pelado y mustio de col, que llevaba sin duda diez ó doce meses de fecha, y un bulto redondo, negruzco y húmedo, á manera de manzana podrida aunque no era manzana, sino una pelota vieja, que con la fuerza de la lluvia había caído por la canal del tejado y estaba todavía empapada en agua.

—¡Gracias al Todopoderoso!—dijo entonces muy contenta la pelota, contemplando el trompo.—Por fin, ha llegado acá uno de mi raza, con quien no habré de desdenarme de conversar, pues soy de tafíete de Marruecos; me cosió una noble dama con sus propias manos, y tengo el alma de corcho español: si bien ahora estoy tan mal parada que nadie lo creería. A punto estaba de casarme con un lindo gorrion cuando caí en la canal del tejado, en donde me mantuve abandonada y sola por espacio de cinco años; y de allí vine á caer á este indecente basurero, mojada hasta los tuétanos! ¡Ay! ¡cinco años de soledad! ¡Este es muy largo período para una doncella!

El trompo oyó la relación; pero guardóse muy bien de darse por entendido. Pensó en su antigua llama, en sus



Plaza de Oriente en Madrid.

pasados amores, y cuanto mas oía y meditaba, mas se persuadía de que se hallaba con ella.

Llegó entonces una criada á barrer el basurero.

—¡Hola!—esclamó.—¡Aquí está el trompo de oro!

Y el trompo volvió á ver la luz y á ser festejado y admirado: pero nadie volvió á saber de la pelota. El trompo tuvo buen cuidado de no decir ni una palabra mas de su antigua llama; que bien puede uno apagarla cuando su objeto ha permanecido por espacio de cinco años dentro de una canal, y sale de ella empapado en agua, y razon hay para no acordarse siquiera de él despues de haberle encontrado en un basurero.

FALACIA.

—No me miras, me evitas, me desdeñas;
te miro, me insinúo, me aficiono.

Me ofenden tus palabras; te perdono:
las mias para tí son halagüeñas.

Es tu pecho de risco: mis risueñas
miradas de pasion vencen tu encono;
ya te mueve mi lánguido abandono;
mis suspiros, cruel, quebrantan peñas.

Dices que soy encanto de tu vida,
tu esperanza, tu bien, tu único dueño;
me implora compasion tu alma rendida:

Soy hermosa, vencí; mas vano empeño:
no ansí tu corazon, cura tu herida
y piensa que mi amor solo fué un sueño.

CÁSTOR AGUILERA.

ORDEN DE LA JARRETIERA.

HONNI SOIT QUI MAL Y PENSE.

Infame sea quien por ello piense mal.

Mote de la órden de la Jarretera ó Jarretiera instituida por Eduardo III, rey de Inglaterra, en el año 1345, bajo la advocacion de San Jorge, patron de aquel reino. Es la principal condecoracion de los reyes, príncipes y grandes del reino unido de la Gran-Bretaña. A mas se confiere esta distinguida órden á príncipes y grandes extranjeros.

En su origen tenia por divisa un manto ó pequeña capa de terciopelo de color de violeta, forrado de seda blanca, con un escudo de plata, en cuyo centro habia una cruz de gules y una jarretera ó liga de seda azul con el mote: *Honni soit qui mal y pense*, que debian llevar los caballeros atada á la pierna izquierda.

La divisa que usan en el dia es la misma jarretera y una banda de seda azul, de la que pende un medallon de oro con la imágen de San Jorge, y en su alrededor la jarretera y el mote esmaltados.

Sante-Pelaye, nuestro padre Flores y muchos otros autores dicen que la ocasion de su institucion provino de que en un gran baile en que danzaba la condesa de Salisbury, á la cual el rey amaba en extremo, se la cayó una liga, que Eduardo levantó prontamente; y para manifestar la pureza de sus intenciones en aquella accion que los cortesanos interpretaron á su modo, fundó la órden de la Jarretera, dándola por divisa la misma liga, y por lema la espresion que en el idioma de aquel tiempo soltó en seguida de haberla cogido: *Honni soit qui mal y pense*.

«Es un hombre sin honor, un mal caballero, el que piense mal de esta accion;» y á continuacion juró que aquel que se hubiese mofado de aquella liga ó jarretera, tendria luego á gran honor poder llevar otra igual.

Este hecho, sin embargo de ser generalmente creido no se halla referido por ninguno de los escritores contemporáneos: asi es que algunos autores cuentan su institucion de otro modo.

En 1347, Eduardo, dicen, eligió cuarenta caballeros, á los cuales les dió el título de caballeros de la Jarretera azul, y les obligó á jurar que observarían los estatutos que habia formado para la nueva órden. Al mismo tiempo envió sus heraldos á los reinos de Escocia, Francia, etc., á publicar y á invitar á los caballeros extranjeros á que asistiesen á la fiesta que iba á celebrar el dia de San Jorge del año siguiente; y en ella, añaden, dió principio la distinguida órden de la Jarretera. Suponen tambien que les dió la liga ó jarretera por divisa, para indicar la union que deseaba hubiese entre los caballeros de la liga.

A mas de las opiniones dichas, hay autores que creen que la institucion de esta célebre órden se verificó de resultas de la batalla de Créci, en la que se dió por contraseña la palabra *garter*, que significa *jarretera* ó *liga*. Otros pretenden que en esta misma batalla, Eduardo habia hecho atar su jarretera á la punta de una lanza para que sirviera de guia ó punto de reunion en el combate.

Una opinion menos conocida y menos acreditada es la que hace remontar la institucion de esta órden á Ricardo. Se lee en crónicas muy antiguas que habiendo determinado Ricardo, Corazon de león, tomar por asalto la ciudad de San Juan de Acre en la Palestina, distribuyó entre sus principales oficiales, despues de implorar la proteccion de San Jorge, unas tiras de cuero que debian atarse en la pierna á manera de ligas para ser conocidos por ellas en la pelea.

En cuanto al año de su institucion tampoco están acordes los autores; pero los mas la suponen entre los años 1345 y 1350.

Parece que en el dia solo consta la órden de 26 individuos, incluso el gefe nato de ella, que es el rey ó reina.

Los caballeros llevan la liga azul con su correspondiente hebilla en la pierna izquierda y la reina la lleva en el brazo.

V. JOAQUIN BASTÚS.

VARIAS ANTIGÜEDADES

DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA.

Núm. 1.º

Representa una lámpara romana de bronce hallada arando en una haza próxima á la villa de Luque (que algunos tienen por la Agla menor de los romanos); tiene cerca de una cuarta de largo y unas cinco pulgadas de alto. Entre el ramaje que forma la cenefa que la rodea, se ve la figura de una esfinge.

Núm. 2.º

En la posesion de Olivár, nombrada Matamala, distante media milla hácia el Norte de la ciudad de Córdoba, se descubrió en febrero de 1845 con motivo de hacer hoyos para plantar olivos, una porcion de piedras labradas de mármol negro unas, y otras de blanco; y entre los escombros y piedras que indicaban haber habido allí edificio, se halló una caja de barro compuesta de dos piezas inclinadas una hácia otra y unidas por la parte superior que era llana y estrecha, pero sin suelo, ni estar cerrada por los lados angostos; y á pocos dias se descubrió tambien entre sillares de piedra franca una caja de plomo cubierta con tapa de lo mismo, y larga como para contener un cuerpo humano. La

tapa estaba adornada en su borde, todo alrededor de una greca, y por cima de una cenefa compuesta de varios animales de relieve, como perros, cabras y jabalíes, y dentro de la caja, que pesaría cuatro arrobas y se halló como á cuatro varas de profundidad, se encontraron algunos huesos humanos, entre ellos del cráneo. Cerca del sepulcro de barro habia un jarro pequeño, y otro junto á la caja de plomo.—Es de notar en este descubrimiento que en el sitio donde se hizo ni hubo iglesia ni enterramiento de los que los cristianos tenian alrededor de estas y llamaban *cementerios*; ni tampoco pertenece al tiempo en que los romanos quemaban sus cadáveres, ó los inhumaban sin sepulcros, ó con él hecho de ladrillos ó de piedra, de todos los cuales se han descubierto muchos en esta ciudad. Es de creer que este enterramiento con caja de plomo, ni perteneció á la época en que los romanos usaron únicamente las espresadas maneras de sepultar, ni al tiempo de los cristianos, en que ya habia sitios destinados para enterramiento de los fieles, sino á los primeros tiempos del cristianismo, en que los gentiles convertidos se enterraban en sus heredades.

Núm. 3.º

En los primeros dias de octubre de 1858, en que se estaba demoliendo el antiguo é insigne monasterio de los santos mártires Aciselo y Victoria, cuando ya el derribo se iba acercando á la iglesia, como á espaldas del altar mayor, se encontró una pila de mármol blanco de mas de dos varas de largo, cerca de tres cuartas de ancho y tres dedos de grueso, con un agujero en el borde y otro cerca del suelo, lo que indica que sirvió de pilon de una fuente. En uno de sus lados tiene tres arcos á manera de nichos, uno en el centro y otro en cada lado. En el del centro hay dos efigies y en los de los extremos una en cada uno, de relieve, y ya muy maltratadas, al parecer de santos. Es de creer que esta pila no fué hecha para pilon de fuente, pues el monasterio de los Mártires, primero de monges Bernardos y despues de religiosos Dominicos, fué siempre pobre, y no es de pensar adornase de tal manera, y no la mas adecuada, el pilon de una fuente. Acaso fué sepulcro su primer destino, y despues, por efecto de los trastornos y vicisitudes de los tiempos, vino á parar en pilon de fuente de algun patio del monasterio de los Mártires. Es lástima que lo quebrasen al tiempo de sacarlo, y que ya no pueda servir, ni para eso acabe de ser hecho pedazos para construir con ellos alguna pared.

Núm. 4.º

Es un fragmento de mármol blanco hallado en el sitio de Azahara, aunque mutilado, y parece un tarjeton de los que suele haber en los capiteles arábigos. El dibujo es del mismo tamaño que el original.

Núm. 5.º

Es otro fragmento de mármol blanco con una inscripcion truncada y parte de ornamentacion del tamaño que representa el dibujo hallado en el sitio de Azahara.

Córdoba 20 de junio de 1860.

LUIS M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografia de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.